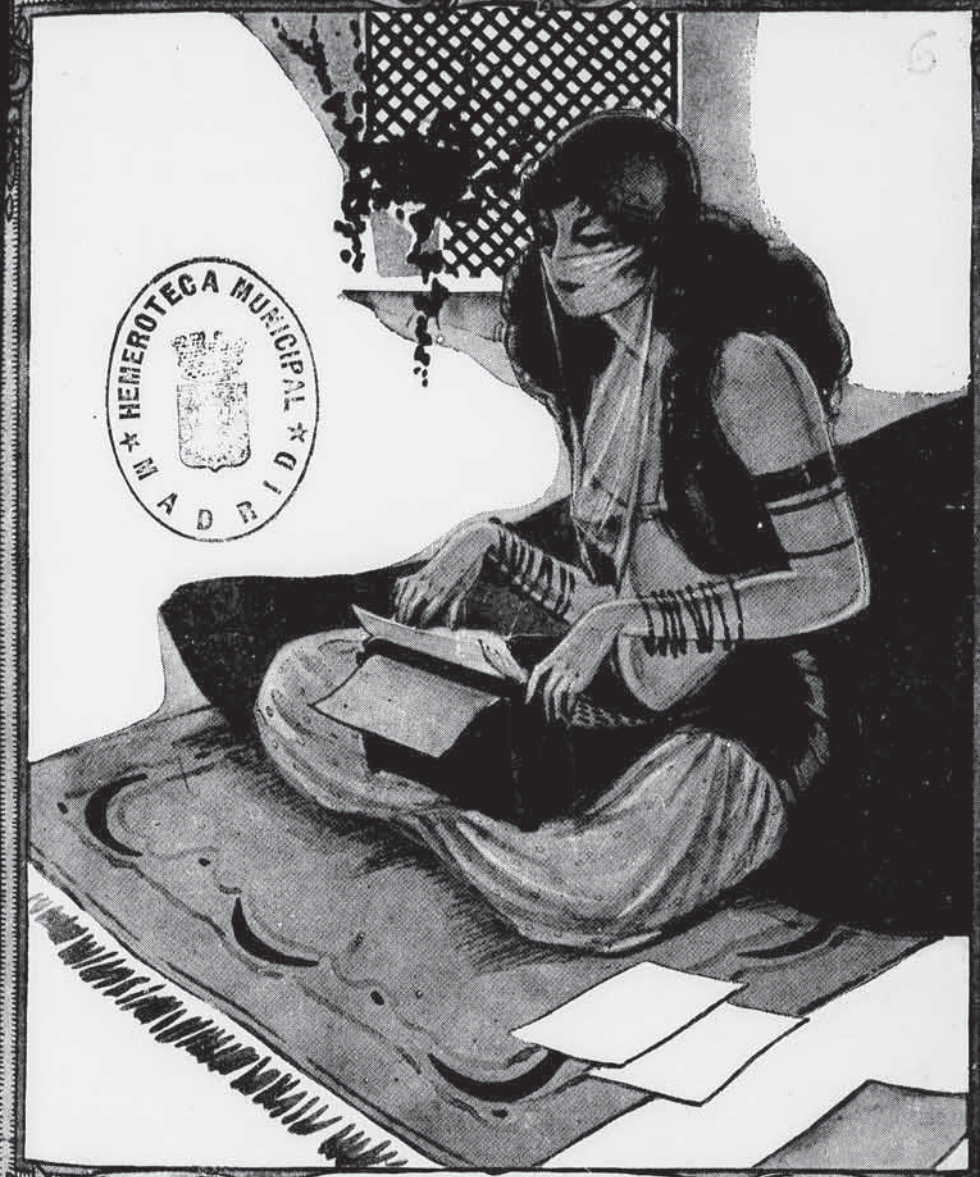
COMPRE USTED

AVENTVRAS

La publicación que más se lee en España

EJEMPLAR: **50** cénts.

La Novela Sugestiva



HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

50 JAIME LVIS MVRIEL CTS

UN·SERRALLO·EN·MADRID

UN SERRALLO EN MADRID

La Novela Sugestiva

UN SERRALLO EN MADRID

por

JAIME LUIS MURIEL

Ilustraciones de
LOYGORRI

6

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

PRENSA MODERNA
IMPRENTA
LARRA, 13 MADRID



FILIBERTO González, después de su regreso poco brillante de Marruecos, no tenía en Madrid más que un sueño y una preocupación.

¿De qué manera podría pasar lo más agradablemente posible el día?

Reconocemos que el dar con una respuesta afortunada, todos los días, a esta pregunta, no es una cosa demasiado fácil.

Cada profesión, incluso la de capitalista, tiene sus pequeñas quiebras y sus más o menos ligeros inconvenientes, y estoy seguro, amigo lector, a menos que tú no seas también capitalista, que a pesar de los inconvenientes aceptarías gustoso la situación de Filiberto.

El muchacho tenía un padre, y este padre, para probar la capacidad comercial de su retoño, le mandó a una de las sucursales que su negocio tenía en la moruna ciudad de Alcazarquivir.

De las disposiciones del chico para los asuntos relacionados con el comercio al padre no le quedó ninguna duda.

Filiberto, para aquellas cosas era un buey.

La sucursal tuvieron que cerrarla y el padre tuvo que pagar las deudas que el chico contrajo con los judíos de la ciudad marroquí.

Pero se puede ser muy bruto para ganar dinero y, sin embargo, tener sus aspiraciones en esta vida.

Y Filiberto, en Alcazarquivir tuvo una aspiración que quedaba fuera del debe, del haber, del método hamburgués y de la partida doble.

Aspiraba a poseer un serrallo.

Cuando en las noches claras de Marruecos se daba a pasear por las calles del barrio moro, al llegar a las tapias de los jardines de las casas de los ricos daba un suspiro enternecedor.

¡Aquellos moros sí que entendían la vida! Rodeados de seis o de ocho mujeres, veían transcurrir las horas dulcemente, sin otra preocupación que la de ir gozando de los encantos de cada una de ellas.

¡Aquello era vivir, y no encerrarse en la oficina a batallar con una cosa tan antipática como los números!

Y muchas veces, ya de regreso en Madrid, se había acordado de Alcazarquivir y de los ricos musulmanes, y sobre todo de sus serrallos.

—Pero, señor—se decía Filiberto—, si yo de lo que tengo vocación es de bacha.

Y estos sueños no eran fáciles de lograr, porque mientras el padre de Filiberto perteneció al agitado mundo de los vivos, como era sumamente aficionado a la economía y por otra parte estaba indignado del espíritu perezoso de su hijo, se contentaba con darle todos los meses la modesta pensión de trescientas pesetas.

Y decirme a mí qué especie de serrallo se puede poner en Madrid con sesenta duros al mes. ¡Como no sea un serrallo de todo a sesenta y cinco!

Pero llegó el día en que al padre de Filiberto le dió la buena ocurrencia de morirse, y el chico se encontró en posesión de una fortuna inmensa.

—Nunca creí que mi padre tuviera tanto dinero—fué la reflexión que se hizo Filiberto, seguida de esta otra—: Habrá que tomar en serio esto del dinero.

Pensando en ello con gran prudencia, llegó a la conclusión de que dada la poca capacidad que para los negocios había demostrado durante su estancia en Marruecos resultaría altamente peligroso, ¡y sobre todo fatigante!, continuar los asuntos paternales.

—Ser viejo y ser rutinario es una misma cosa —se dijo—, por tanto, será preciso introducir alguna innovación.

Y la primera innovación que puso en práctica fué la de vender sin más tardar los negocios de

su padre y reducirlos a dinero contante y sonante.

Por esta vez, el sueño que cada humano se forja se encontraba para Filiberto, en lo que cabe, realizado.

Tener a su disposición, siendo joven para poderla disfrutar, una gran fortuna, es cosa que no ocurre más que a un limitado número de elegidos de los dioses, y entre este limitado número se hallaba Filiberto.

Poseía esta nueva varita de las virtudes que se llama numerario y merced a la cual se puede adquirir absolutamente todo; es decir, no sólo aquello que se vende normalmente, como rica morada, suntuoso mobiliario, obras de arte, autos, vida cara, criados y mujeres de lujo; sino también todo aquello que a primera vista parece que no debiera venderse, como son los honores, la gloria e incluso el amor.

¡El amor!...

Aquello era lo que Filiberto parecía más dispuesto a comprar, porque se puede ser muy perezoso y a la vez muy sentimental y sensual en alto grado.

Se puede tener también la vanidosa ambición de ser amado por sí mismo, esta ambición que ha conducido a ciertos ricos a maquillarse en pobres diablos a fin de seducir a alguna bonita y joven muchacha con sus solos medios físicos e intelectuales.

Filiberto pensó seriamente en volver a Alcazarquivir; pero no a emprender ningún negocio, sino a convertirse al mahometismo, dejarse crecer la barba, comprarse unas babuchas, una chilaba, un gorro y una docenita de odaliscas que le hiciesen la vida amable con sus besitos, sus tazas de té y sus confituras.

Pero para hacerse moro hay que someterse a una operación a la que Filiberto le tenía mucho miedo.

¡Aquello de que le circundaran a uno a los veintiséis años!

Renunció a las babuchas, al gorro, a la chilaba, al té y a los dulces, y con un poco más de pena a su docenita de muchachas árabes.

Pero Filiberto era hombre de recursos y se hallaba dispuesto a ponerlos en juego.

¡Ya verían hasta dondé llegaba él sin necesidad de moverse de la villa y corte de las Españas!





OMO Filiberto no carecía de vanidad, hizo algunas tentativas para hacerse querer por sí mismo y no por su fortuna; pero, la verdad, no resultaba todo lo guapo mozo ni todo lo distinguido que hace falta ser para agradar a las graciosas madrileñas... En una palabra, que no empezó a hacer lo que se dice una conquista hasta el momento en que se decidió a sacar un billete de los grandes.

Entonces, ¿qué iba a hacer con todo aquel dinero que le sobraba? Renunció a conquistar a las mujeres por su cara bonita y volvió a pensar en que la posesión de un serrallo es una de las pocas cosas que merecen ser poseídas en esta pícara existencia.

Pero uno de esos gineceos tolerados en Marruecos son de realización difícil en Europa, incluso en Turquía, desde que a Kemal Pachá le ha dado la manía de occidentalizarlo todo.

Y por otra parte, la docilidad venal del rebaño femenino no habría resultado muy del agrado del aspirante a bacha.

Fué entonces cuando Filiberto imaginó la más extraña combinación.

Lector asiduo de LA NOVELA SUGESTIVA, en lo tocante a mujeres no podía tener más que ideas felices.

Gracias a esta lectura, consecuente y recomendable, sabía qué los grandes banqueros y los opulentos industriales no tenían más que elegir en el serrallo encantador y laborioso de su equipo de mecanógrafas.

Filiberto, sin otro fin que el de crear esta adorable falange, compró el inmueble número 75 de la calle de la Montera e hizo instalar en él lujosos despachos.

Durante el curso de los trabajos, los vecinos, con una natural curiosidad, preguntaban, unas veces al capataz de las obras y otras a los obreros mismos, a qué usos iba a ser destinado el edificio.

Pero sus preguntas quedaban sin respuesta por la sencilla razón de que nadie sabía a qué se iba a dedicar aquello, ni siquiera el nuevo propietario del inmueble.

Todo lo más, alguno de los obreros se arriesgaba a hacer este pronóstico:

—Yo creo que estamos haciendo un Banco.



—Buenos días, señoritas

A lo que los curiosos respondían, sobre todo si no tenían capitales que colocar.

—¿Otro Banco? ¡Como si no hubiera ya bastantes!

Y llegó el momento en que el viejo edificio quedó completamente restaurado y la antigua puerta convertida en monumental peristilo con escaleras de mármol rosado y columnas de porfirio.

Filiberto pensó entonces en que era absolutamente necesario grabar algo en el frontón de aquel monumento, aunque no fuera más que para poner un dique a las preguntas de los indiscretos.

Después de haber meditado en ello durante largo tiempo, se decidió por esta fórmula simple y nada comprometedora: «El Porvenir Internacional».

A la derecha, según se entraba, se encontraba la habitación del conserje. A este buen hombre le hizo colocarse un uniforme con más galones que el de un mariscal de Francia, adornado con estas iniciales: «E. P. I.»

A la izquierda, el «chausseur», no menos uniformado, engalonado e inicialado.

Sobre el centro se abría una especie de «hall» encristalado, alrededor del cual había puertas con estas indicaciones: «Publicidad», «Administración», «Contabilidad», «Caja».

Todas estas puertas estaban, por otra parte, definitivamente clausuradas, salvo aquella en que se hallaba esta inscripción: «Servicio dactilográfico», que daba a una vasta pieza, adornada con doce pequeñas mesas con máquinas de escribir, llevando cada una su máquina de marca diferente.

Al final de esta sala se encontraba el despacho del director, de aspecto severo, y por fin, una pequeña puerta colocada al final de este despacho comunicaba con una encantadora alcoba acompañada de un gabinete de «toilette» provisto de los últimos adelantos.

Como se ve, el joven y afortunado capitalista Filiberto no había reparado en gastos, y aunque su fracaso comercial de Alcazarquivir fuese como para desilusionar a cualquiera, tenía por lo menos la intuición de que un comercio gana el cien por por cien si está presentado con lujo y con decoro.

¡Ah! ¿Pero «El Porvenir Internacional» era un comercio?

¡Quite usted de ahí, hombre! ¡Qué había de ser comercio!

¿Pues qué era?

Ahora va usted a verlo.



UANDO todo quedó presto para que «El Porvenir Internacional» comenzara a funcionar, apareció en varios diarios madrileños un anuncio que decía: «Mecanógrafas. Se ofrecen buenas plazas a mecanógrafas jóvenes, bien presentadas, prácticas o debutantes. Situación estable. Serán bien retribuídas. Presentarse personalmente en «El Porvenil Internacional», Montera, 75.»

¡Júzguese la cantidad de jóvenes y bonitas mecanógrafas que aquel anuncio llevó a las trucosas oficinas de la calle de la Montera!

¡Mecanógrafas!

Pues si apenas hay otra cosa ya en Madrid. La mecanógrafa ha logrado imponer el tecleteo de sus máquinas a las agujas de coser, y además ha logrado imponerse por guapa, sin que esto quiera decir que las modistillas no lo sean, porque el decirlo sería una injusticia y desafuero.

¡Mecanógrafas!

¡Y cómo están los negocios!... ¡Y con la cantidad de chicas que teclean que sueltan todas las academias preparatorias!

¡Y sin ninguna de esas oposicioncillas, que son el sueño de estas muchachas, en perspectiva!

Hubo necesidad de organizar un servicio de orden para contener y catalogar a todas aquellas graciosas e innumerables aspirantes.

Durante varias tardes, Filiberto, sentado gravemente detrás de su «boureau» directorial, examinó y preguntó a infinidad de muchachas, la mayoría de las cuales oscilaban entre los quince y los dieciocho años.

Sobre un «carnet» iba tomando notas, que si a las chicas les hubiera sido dable leer, les habrían dejado absortas.

He aquí algunas de ellas:

«Número 12.—Josefita Meniérez, de dieciséis años, calle de la Bicicleta, número 2. Rubia oro pálido, boca pequeña, labios rojos, pecho poco desarrollado, pero que puntea audazmente; ojos azules y burlones. Muy interesante.»

«Número 29.—Adelaida Flórez, calle de la Madera, número 179. Muy morena. No es demasiado bonita, pero tiene ojos prometedores, bella pantorrilla y caderas altas y firmes. Debe ser cariñosa. A retener.»

«Número 45.—Marcela Blarú, calle del Velón, número 43, de dieciocho años. Bonita muchacha.

Es una de esas gorditas género Rubens. No debe tener espíritu apasionado, pero debe ser muy obediente.» Esta nota terminaba así: «No es útil. Huele a cebolla.»

«Número 130.—Felicia Torete, calle del Campeonato, número 2 duplicado; pequeñita y menuda, ojos cándidos y perfil ideal. Un verdadero juguete. Escribirle inmediatamente.»

«Número 226.—Eduvigis Métomentodo, veinticinco años; gruesa, bastota; una verdadera mula.»

«Tulita Camagüey, diecinueve años; morena, perezosa; seguro que para mover un dedo en la máquina ha de pedir permiso a los otros nueve. Cubanilla ella, melosa ella y simpatiquísima ella. Admitida.»

Y así seguía la lista hasta el número 557.

Claro que en honor a la verdad y en honor también al encantador gremio de mecanógrafas hemos de decir que de las quinientas cincuenta y siete tenían más de quinientas dibujado detrás de su nombre un triángulo, lo cual no significa que fuera ningún signo masónico, sino una señal, con lo cual Filiberto quería decirse que la honestidad de la candidata saltaba a la cara.

Y lo que es el mundo. Precisamente ninguna de las chicas que tenían puesto el triángulo fué llamada de nuevo a las oficinas de «El Porvenir Internacional», y eso que como las cosas están tan mal y es menester ganarse la vida, hubo muchacha que se buscó recomendaciones de ministros

y de capitanes de equipo de fútbol de la primera Liga. Pues nada, como si hubieran sido reservas de la serie G. Filiberto se había trazado un plan de conducta y no estaba dispuesto a variarlo aunque para recomendar a una candidata se reuniera el Pleno de la Federación Española de Fútbol.

Para otras cosas, Filiberto sería un verdadero rocín; pero en esto de no admitir recomendacione no se puede negar que su ética estaba por encima de toda ponderación.



La entrada en funciones del servicio mecanográfico de «El Porvenir Internacional» tuvo lugar algunos días más tarde.

A las nueve en punto de la mañana las doce elegidas tomaban plaza junto a sus mesitas en espera de que les proveyera de trabajo.

Como unas a otras no se conocían, las doce muchachas se miraban mutuamente y con cierta desconfianza.

Por otro lado, estaban bastante intimidadas por el lujo, un poco frío, de aquella casa.

El tiempo pasaba.

El señor director continuaba sin salir de su despacho.

Las máquinas de escribir permanecían silenciosas.

Y el director no salía a dar la bienvenida a su delicioso equipo de mecanógrafas, porque en aquellos momentos se hallaba sumido en grandes perplejidades.

¿Creeréis que aquel atolondrado Filiberto se había olvidado de una cosa tan capital como la clase de trabajos en que había de ocupar a su personal femenino fuera de los servicios de naturaleza íntima y especial, que se reservaba al pedirles una por una?

—Y, sin embargo—se decía Filiberto, cómodamente repantingado en su sillón directorial—, es preciso buscar a esas chicas una ocupación además de la que para mi uso particular me reservo. Porque si no les doy ningún trabajo terminarán por aburrirse, y para buscar una distracción es casi seguro que reñirán unas con otras y se arrancarán, no el moño, porque ninguna de las doce tiene el mal gusto de llevarlo, pero sí sus cabellos cortos.

Bien. Veamos las cosas con la debida calma.

¿Qué es «El Porvenir Internacional»? Desde luego, un truco; pero además de un truco, ¿qué otra cosa puede ser?

¿Una Banca? ¿Una Compañía de seguros? ¿Una Sociedad industrial? ¿Un Sindicato de cualquier cosa?

No. Todo eso necesita de una vigilancia de la que yo me siento incapaz.

Además, todas esas cosas se fundan para ganar dinero, y yo no tengo ninguna necesidad de ganarlo.

Un Sindicato que se formara con el deliberado propósito de perder dinero sería una cosa que chocaría a las gentes, seguramente resultaría dificilísimo encontrar accionistas.

¿Qué hacer?

Miró por una rendija. De las doce mecanógrafas nueve se estaban pintando los labios y las otras tres puliéndose las uñas.

—¡Son monísimas!—se dijo, olvidando de pronto el conflicto que le planteaba el hecho de que «El Porvenir Internacional» fuera lisa y sencillamente un truco.

Pero como no era otra cosa, lo urgente por el momento era buscarles algo en que ocuparlas.

¡Si saliera él a dictar y les espetara un discurso! ¡Bah! Ni tenía condiciones de orador ni merecía la pena de tomarse semejante trabajo.

—¡Ya está!—se dijo de repente—. Estas chicas se van a aburrir más que en una reunión cursi; pero como por el momento no se me ocurre nada mejor...

Filiberto González iba a poner en práctica una idea digna de la Inquisición en sus mejores tiempos, un suplicio que hubiera envidiado un chino.

¡Iba a obligar a su excelente cuerpo de mecanógrafas, o a los excelentes cuerpos de sus me-

canógrafas, a que copiasen íntegro el *Boletín Oficial de Madrid y su provincia!*

Filiberto era un desalmado.

Llamó al «chasseur» y le mandó a comprar doce ejemplares del interesantísimo órgano en cuestión.

Allí estaba el trabajo.



MEDIA hora más tarde Filiberto, que había comprendido que el asunto de convertir «El Porvenir Internacional» en un serrallo había que llevarlo con cierto tacto, se presentó en la sala donde se encontraba en disposición de actuar el Servicio Mecanográfico llevando en la mano los doce ejemplares del *Boletín Oficial*.

Aquello le servía al mismo tiempo para pasar revista a su equipo femenino.

—Hay cuatro rubias y ocho morenas—se dijo, viéndolas, y añadió en voz alta:

—Buenos días, señoritas. Van a dar ustedes principio a sus trabajos. Yo ya sé que la obsesión de ustedes es la ortografía. No se preocupen. Yo a la ortografía no le he dado nunca la menor importancia. Si alguna de ustedes tiene especial interés en usar la B en lugar de la V, puede

¿Y aquella pizpireta morenita que se sentaba cerca de la primera ventana? ¿Se le había olvidado el nombre? ¡Ah, no! Se llama Pilar. Pili. Aquella era la más graciosa entre el género de las taquimecas. ¡Qué sonrisa tenía! ¡Qué sonrisa y qué pantorrillas!

Las pantorrillas, sobre todo, eran algo sencillamente magnífico. ¡Qué línea! ¡Qué finura de tobillos! ¡Qué carnosidad en la molla! ¡Qué suavidad en el ligero adelgazamiento de las rodillas antes de subir a ensancharse muslos arriba!

¡Oh! ¡Y qué muslos debía tener la nena!

¿Y aquella otra, morena también, que se sentaba frente por frente de Pilar? ¡Qué coquetuela y qué requetepreciosa era! Unos labios muy rojos y muy húmedos y unos ojos muy negros y muy grandes. Y el resto de su encantadora personalidad; es decir, lo que se hallaba oculto por la no muy sobrada tela que la damita llevaba encima.

En el otro género, en el femenino también, pero en el de las más talluditas, había una cierta María Luisa, tipo Rubens, que como guapa podía ir sola a cualquier parte. Era la única que pasaba de los veinticinco años, y por tanto, no se podía decir que fuese una perita, pero sí una peraza en dulce.

Alta, esbelta, un poquitín ampulosa, maciza, de caderas bien dibujadas.

Una mujer, en fin, de las que hacen afirmar

que no hay frutos mejores que los ya sazonados; una mujer que había equivocado la vocación, porque de señorita de conjunto en cualquier teatro, en el que no hiciese falta más requisito que el tener buena presencia, hubiera ganado muchísimo más que mecanografiando. ¡Como que no podía ser en las manos donde tuviera el porvenir una muchacha con las piernas tan bien formadas!

—Esta chica—pensó Filiberto de ella—estaría mucho más reposada durmiendo en el cuartito de al lado que no copiando a la desesperada los edictos del *Boletín*.

Le sacó de sus reflexiones el ruido que llegaba al despacho procedente del tecleteo de las máquinas.

Filiberto dió un suspiro. Se le partía el corazón al pensar que aquellas doce monísimas criaturas se estaban tomando un trabajo tan inútil como el de los delegados en las conferencias del desarme naval.

—¡Pobrecitas!—se dijo—. ¡Pobrecitas!

Volvió a sumergirse en sus meditaciones, y a medida que meditaba más crecía su compasión por el laborioso equipo mecanográfico.

¡Y qué equipo! ¡Hasta con suplente por si se lesionaba alguna de las jugadoras!

Y como si no se le ocurriera otra cosa, como si toda su ternura se diluyera en aquella palabra, volvió a decir:

—¡Pobrecitas!

Pero como con compadecerlas no les aliviaba ni una línea de su trabajo, añadió:

—Me parece que he estado muy poco galante con ellas. No hemos hecho más que inaugurar «El Porvenir Internacional» y ya estoy explotándolas. ¡Tengo un alma repugnante de burgués!

Llamó de nuevo al «chasseur».

Cuando éste se presentó le dijo:

—Vaya usted a buscar media docena de botellas de champán y una bandeja de fiambres surtidos. Traiga también tres o cuatro kilos de bombones.

Le alargó un billete de quinientas pesetas. Aquello le pareció lo más indicado, porque «El Porvenir Internacional» no era una tasca, y por lo tanto, no hubiera estado bien visto que las invitara a chatos de blanco ni a vermouth con aceitunas.





decimos al lector que las chicas se quedaron asombradas al ver al «chasseur» y al conserje descorchando las botellas y llenando las finas copas con el rubio vino de Francia, estamos seguros de no haber hecho ningún descubrimiento.

Y así es, porque las mecanógrafas se quedaron como quien ve visiones.

La bandeja con las lonchas de jamón, salchichón y mortadela dió la vuelta completa a la sección de mecanografía de «El Porvenir Internacional» como un torero que acaba de hacer una buena faena.

En cuanto las mecanógrafas se bebieron un par de copas de champán la desconfianza con que se miraron en un principio desapareció completamente para dejar paso a una familiaridad que si no

se manifestó ruidosamente fué porque todas sabían que el señor director de «El Porvenir Internacional», don Filiberto González, se hallaba en la habitación inmediata.

Y en la habitación inmediata sonó un timbrazo.

Presentación acelerada del «chasseur».

Filiberto le preguntó:

—¿Le ha sobrado a usted algo?

—Sí, señor. Aquí tiene usted las vueltas.

—No. Tenga otras quinientas pesetas y vaya corriendo a comprar una gramola con discos bailables y otra media docenita de botellas.

—¿De champán también?

—Naturalmente.

El «chasseur» salió de «El Porvenir Internacional» con el convencimiento profundo de que su director-propietario no andaba ni medio bien de la mollera.

Veinte minutos después, uno de aquellos discos bailables sonaba en la gramola.

Las mecanógrafas, muy seriecitas, le escuchaban como quien escucha una conferencia sobre repoblación forestal, pero mucho más asombradas que si estuviesen oyendo la susodicha conferencia.

El conserje echó las persianas y cerró la puerta, dándose cuenta de que la seriedad de «El Porvenir Internacional» no saldría muy bien parada si la gente se apercibía de que tenía gramola como un tupi.

Se les volvió a servir champán a las mecanógrafas.

Cuando el cuarto disco, que era un charlestón endiablado, empezó a sonar, cada muchacha, en su banqueta, comenzó a mover los hombros como si estuviesen en un «dancing».

Por fin, la señorita Torete dijo con voz meliflua:

—¡Ay, cómo me gustaría bailar este «charles»!

Y una de las de la sección «rubia» del equipo mecanográfico le preguntó:

—¿Lo bailamos?

Cinco minutos después veinticuatro piernas bien formadas se movían sobre el parquet de «El Porvenir Internacional» como si fuera un «cabaret» de moda.

Daba gloria verlas bailar: algunas lo hacían mal; pero esto era lo de menos. Verlas a todas unidas en parejas, bien apretaditas, sobre todo *algunas,* las unas contra las otras, que sus cuerpos juntos y sus piernas entrelazadas inspiraban en seguida pecaminosos pensamientos... Pero... ¡guarda, Pablo!

Aunque Filiberto bailaba con la misma gracia que pudiera hacerlo un hotentote, sentía que se le iban los pies.

Aplicó el ojo a la cerradura.

¡Aquello era un salón de baile y cada mecanógrafa danzaba como pudiera hacerlo una profesional! El conserje y el «chasseur», ambos muy

sas y ellos más ociosos todavía que las mujeres. Un serrallo..., bueno, no meditemos más sobre cuál debe ser el objeto de un serrallo... Aquí lo que se hace preciso es que todas estas chicas hagan algo que para mí tenga más importancia que copiar el *Boletín Oficial de Madrid y su provincia*.

Empezaré...

Pero ¿por cuál?

¿Por Pilarcita? ¿Por Clarisa? ¿Por Josefita? ¡Hum! ¡Si en el mundo no hay peor cosa que tener donde elegir en abundancia!

Si Filiberto González no hubiera tenido a su alcance más que a una de aquellas muchachas—a cualquiera, porque las doce eran guapísimas—se habría considerado por lo menos tan feliz como aquel hombre que dicen que no tenía camisa, mientras que con una docenita donde seleccionar le pasaba lo que nos sucede a todos los mortales cuando entramos en una tienda a comprar una corbata que hemos visto en el escaparate y el dependiente tiene la oficiosidad de enseñarnos varias. Que no sabemos con cuál quedarnos y a veces nos salimos sin ninguna.

Filiberto volvió a sus reflexiones.

—Si llamara a María Luisa...—se dijo.

Es alta, fuerte, un poco opulenta, posiblemente no será demasiado graciosa...

¿Pero por qué razón he de llamar a María Luisa y no a cualquiera de las otras?

Si llamase a Pili...

Tampoco.

Lo mejor será que decida la suerte. Es preciso no comenzar con una injusticia. La que la suerte decida.

¡Llamaré a la que escriba una página con más faltas de ortografía!

Una vez tomada esta resolución tan poco gramatical, Filiberto metió la mano en el bolsillo, sacó un ejemplar de *El Teatro* e hizo su presentación ante las doce mecanógrafas.

Todas las borlas de polvos y todos los cepillitos para sacar brillo a las uñas desaparecieron como por arte de encantamiento, y todas las cabecitas rubias y todas las cabecitas morenas se inclinaron hacia los teclados de las máquinas con la misma fijeza con que los ojos de un faquir miran su propio ombligo.

—Señoritas—les dijo Filiberto después de haber tosido dos veces, como los oradores de verdad—, tómense ustedes el tiempo que necesiten; si alguna, antes de empezar a escribir, necesita hacerse las uñas o depilarse las cejas, que lo haga con toda libertad; a mí no me importa esperar un ratito.

Filiberto hizo una pausa, y las chicas se pusieron coloradas creyendo que las palabras de su jefe eran una alusión a la ocupación a que antes se entregaban.

—¿Todas tienen ya terminada su *toilette*?—in-

sistió él—. ¿Ninguna siente la necesidad de ponerse un poco de rojo en los labios?

Como nadie le contestara y el azoramiento de las chicas fuera en aumento, agregó:

—Siendo así, hagan el favor de prepararse, que voy a dictarles.

Abrió el ejemplar de *El Teatro* y dictó la escena cuarta del acto segundo. Cuando terminó fué recogiendo los pliegos y volvió a entrar en su despacho.

La pequeña Pili preguntó a María Luisa, que era con la que hacía mejores amistades:

—¿Tú sabes con cuántas uves se escribe biberón?

—Con dos, mujer. Eso ni se pregunta siquiera.

—¡Ah! Menos mal—dijo Pili dando un suspiro de alivio.





QUELLA Josefita quedaba, desde luego, descartada. En quince renglones no había cometido más que dieciséis faltas de ortografía. ¡Bah! Aquello distaba mucho de ser un récord.

En cambio el pliego presentado por la señorita Felicia Torete, era una verdadera obra de arte. ¡Ni por casualidad había acertado ni en una h! Y aun más: había palabras de tres sílabas con cinco faltas de ortografía.

Filiberto no pudo menos de pensar:

—¡Lo que es, como esta chica tuviera que ganarse la vida escribiendo de verdad a máquina!

Fiel al propósito que se había formado al someterlas a aquella prueba, dió las órdenes oportunas para que un minuto después la señorita Torete recibiera el recado de presentarse en su despacho.

A la menudita y vivaracha joven le costó sus buenos cuatro minutos el despegarse de su máquina. Le cogió tan de sorpresa el aviso que si le hubieran dicho que su bisabuela se casaba aquella misma tarde, seguramente no se hubiera asombrado más.

—¿Qué me querrá?—se preguntaba, sin fuerzas siquiera para darse un poco de rimel.

Las otras once muchachas miráronse unas a otras, preguntándose con la mirada lo mismo que se preguntaba para sus adentros la señorita Torete.

La curiosidad femenina tuvo suficiente con aquella simple llamada para despertarse, y mientras la más optimista presumía parte, por lo menos, de lo que suponía el llamamiento dictatorial, la más pesimista se preguntaba, abrumada:

—¿Será que acaso no van bien los negocios?

Claro está que a la chica le hubiera costado un trabajo ímprobo el explicar a qué clase de negocios se refería, porque lo cierto era que, aparte del director-propietario, del conserje, del *chasseur* y de ellas doce, desde el día de su inauguración en «El Porvenir Internacional» no había entrado nadie.

Mientras tanto Felicia Torete, después de un «¿Se puede?», hacía su presentación en el despacho del avispado director de «El Porvenir Internacional».

Filiberto le indicó para que se sentara uno de



La señorita Torete dispuesta a viajar

los cómodos butacones, y la chica, al sentarse, lo hizo de tal manera que a su director no le hacía falta el menor esfuerzo para verle las maravillosas y firmes piernas.

Los piececitos, calzados con ese gusto con que se los calzan las madrileñas, y bajo la media una curva bien dibujada.

Como Felicia llevaba, según es costumbre ya vieja y muy encantadora, las faldas muy cortitas, quedaron al aire las rodillas, redonditas, carnosas, y aun se podían adentrar los ojos del curioso e inquieto mirón, por debajo de los pliegues de la falda, hasta el nacimiento de unos muslos tentadores, en los que se vislumbraba el negro de una liga sobre el tono sonrosado de la media de seda... ¡Qué bocado!...

Felicia se cubrió con cierto reparo. ¿Qué querría el director?—se preguntaba—. ¿Y por qué razón le habría llamado precisamente a ella?

Filiberto dió principio a sus planes diciéndole:

—Señorita Torete: como director-propietario del «Porvenir Internacional», me creo en el caso de hacer a usted algunas, llamémoslas indicaciones. Usted ha sido admitida en mis oficinas con el sueldo de ochenta duros mensuales, pagados por mensualidades adelantadas, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Bien; pero su admisión fué hecha después de un examen superficial, casi podríamos decir externo. Pues bien. Hay que profundizar, hay que

ver las disposiciones que usted tiene ocultas, sus méritos internos...

—Si tengo alguno...—dijo ella tímidamente.

—A mí me parece que no han de faltarle. Pase usted a esta habitación.

Estaba visto que Felicia aquel día era destinada a ir de sorpresa en sorpresa, y aquélla no fué la menor, porque en la alcoba no había ninguna máquina de escribir, que, por otro lado, hubiese desentonado con el mobiliario del cuarto, que era un verdadero y legítimo cuarto moro.

Colchonetas, cojines blandos, arcos, espejos, un «jaiti» de colores brillantes.

La chica tenía ideas poco claras acerca de los cuartos moros, pero aquello la impresionó.

Había un quemaperfumes, del que se desprendía un humo aromático que acabó de turbarla.

Volvió los ojos y miró a Filiberto. Vió que en sus labios había una sonrisa amable.

Sin saber por qué, se sonrió también ella.

Después, a una indicación del director-propietario, fué a sentarse en una de las colchonetas.



ORA y media después de que la señorita Felicia Torete se hubiese sentado sobre la colchoneta del cuarto moruno, y cuando ya todas las demás mecanógrafas se hubieron marchado a almorzar a sus casas o a los restaurantes más próximos, el director de «El Porvenir Internacional» se paseaba muy agitado de una pared a otra de su despacho, diciéndose:

—¡No lo creería nadie! ¡No lo creería nadie!

Felicia, con el rostro muy encarnado y los ojos bajos, no decía nada.

El cambió de disco para decir:

—¡Pero si eso es una cosa que apenas existe! ¡Y he aquí que yo me he ido a tropezar!... ¡Parece imposible! ¡Parece imposible!

La mecanógrafa continuaba muda, pero escuchaba con interés el soliloquio de su director.

Por fin éste suspendió sus paseos, miró a la señorita Torete, y le dijo con el acento más suave que pudo encontrar:

—Pues yo creo que usted estaba en la obligación de advertirme...

A lo que contestó Felicia, con un tono de voz más suave todavía:

—Como usted no me había preguntado nada...

—¡Claro! Como que esas cosas no se les pregunta nunca a las damas.

Filiberto volvió a sus paseos, rascándose la frente, preocupado. ¡Como que él no había contado, ni por lo más remoto, con aquella complicación!

Se volvió a detener.

—¿Usted no dice nada, señorita Torete?

—Yo...

Comprendió que había preguntado una estupidez. Si la chica no había dicho nada en un principio, ¿cómo se iba a quejar cuando ya la cosa no tenía compostura?

Pero en el cerebro de Filiberto González se cocían a veces las ideas más geniales. La fundación de «El Porvenir Internacional» es una prueba. A sus labios asomó una sonrisa de triunfo y dijo:

—Como el percance ha sucedido durante las horas de oficina, a mí me parece que entra de lleno dentro de la ley de accidentes del trabajo.

Miró a Felicia.

La chica continuaba con los ojos puestos en las puntitas de sus pequeños zapatos.

Prosiguió:

—Por tanto, le entregaré como indemnización dos mil pesetas. Usted me dirá si está conforme.

—Sí, señor. Ya que no siga siendo mocita...

—Bueno, en ese caso me firmará usted un recibito.

—Sí, señor.

Felicia quedó satisfechísima de la solución lógica que se acababa de dar al asunto, y se guardó los cuatro billetes de quinientas pesetas con que su principal le indemnizara de aquel accidente del trabajo.

Filiberto, por su parte, quedó también muy satisfecho.

Lo que él presumía. Para el comercio no sería un lince, pero para resolver aquellos casos era un verdadero Einstein.

¡Aquello sí que era un serrallo, y no los de Marruecos!

A la tarde, al llegar la señorita Torete a la oficina un poco retrasada, como tenía por costumbre, todas sus compañeras corrieron a rodearla y la preguntaron:

—¿Qué hay? ¿Para qué te ha llamado esta mañana el jefe?

—Para examinarme.

—¿Y ha quedado contento?

—¡Ya lo creo! Como que me ha aumentado el sueldo.

—¿Cuánto?

—El doble.

—¡Ochocientas pesetas!

Al decir esta cifra, poco menos que astronómica, la pequeña Pili cayó accidentada sobre el taburete.

Las demás chicas abrieron unos ojos como platos, y cada una quedó con la esperanza de que a ella también la llamase para hacerle un examen idéntico al de Felicia.

María Luisa puso al caso este poético comentario:

—¡Cuando ese hombre se pone a dar sueldos, se ciega!





EL LECTOR.—¿Le ocurrió a Filiberto González algún otro percance, parecido al que le sucedió con la señorita Felicia Torete?

EL AUTOR.—No, señor; ni uno.

EL LECTOR.—¡Ah! Ya me parecía a mí.

EL AUTOR.—¡Naturalmente! Como que esas cosas no se encuentran al volver cada esquina. Aquello fué una excepción.

EL LECTOR.—Entonces, si le parece, siga adelante con el cuento.

EL AUTOR.—Voy ahora mismo.

* * *

En riguroso orden ortográfico; es decir, según la cantidad de faltas de ortografía que había cometido cada una, fueron siendo llamadas las otras once

mecanógrafas que prestaban sus servicios en «El Porvenir Internacional».

Pero no con todas tuvo el mismo éxito. Hubo unas que accedieron gustosas a que les doblaran el sueldo. En cambio, otras pusieron una resistencia parecida a la de los franceses en Verdún.

Estas, al día siguiente, recibían una calurosa felicitación por sus trabajos mecanográficos y una invitación para que se quedaran con la paga adelantada sin necesidad de volver a poner sus bien calzaditos pies en la oficina, manera delicada de decirles que quedaban despedidas de una forma definitiva e inapelable.

Esto siempre le producía a Filiberto, como hombre de corazón sensible que era, su correspondiente disgusto; pero mirándolo con imparcialidad, ¿para qué quería tantas copias del *Boletín Oficial de Madrid y su provincia*?

En cambio, cuando una de las mecanógrafas encontraba de su gusto el cuarto moruno y llegaba a la conclusión sentimental de que se estaba muy bien sentada encima de las colchonetas, entonces todo eran beneficios. Sueldo doble, regalos, pagas extraordinarias...

Y en seguida a buscar sustitutas a aquellas que habían abandonado el tecleo.

Después de un mes de pruebas, el equipo mecanográfico estaba definitivamente constituído.

Había tenido necesidad de sustituir a cinco, dos rubias y tres morenas, pero lo cierto es que ya «El

Porvenir Internacional» era una entidad que nadie sabía para qué podía servir, pero que tenía un personal fijo y estable.

Nos parece que es lo menos que se puede pedir a un establecimiento serio.

En fin, diremos que para completar el número elegido hubo necesidad de hacer algunas concesiones.

Dos de las nuevas admitidas no habían escrito a máquina—y puede ser que ni a mano—en todos los días de su vida.

Pero hacían el mismo papel que las otras. Se sentaban en las banquetas, se pintaban los labios, se pulían las uñas, hablaban de Greta Garbo, leían *La Novela Famosa,* se suscribieron a *Rocambole*...

¿Para qué más?

De vez en cuando, por distraerse, rompían una tecla o comían bombones, tirando a las compañeras la envoltura de estaño.





TANTA era la felicidad que disfrutaba el director de «El Porvenir Internacional», que sintió el ansia de hacer confidencias a dos amigotes con los que solía reunirse cuando la marcha del negocio que tenía establecido se lo permitía.

Y cometió la insensatez de referirles todas las gestiones que había emprendido para la fundación de su oficina, con toda clase de detalles, que hicieron palidecer de envidia a aquellos dos seres, que no sabían qué admirar más, si la portentosa imaginación de Filiberto o la atroz suerte que había tenido al lograr la selección de un servicio de dactilografía como aquel de que les había hecho referencia.

Cuando los dos amigotes se quedaron solos, le preguntó uno a otro:

—¿Y tú qué opinas de lo que acaba de contar Filiberto?

—Que lo más probable es que sea mentira.

—Poco nos costaría cerciorarnos.

—¿Cómo?

—Yendo mañana mismo, a la hora de salida, a la puerta de «El Porvenir Internacional».

—No es mala idea.

Al día siguiente se hallaban ambos amigotes estacionados en la calle de la Montera, frente al número 75.

De si aquello era o no un serrallo, ellos no podían afirmar ni negar nada; pero de que las doce chicas que salieron por aquella puerta eran de lo más bonito que pasea por la corte, esto estaban dispuestos a atestiguarlo donde fuera preciso.

—¿Tú te explicas cómo un buey de la categoría de Filiberto ha podido seleccionar doce mecanógrafas tan bonitas?

—Yo no.

—¿Y si fuera verdad lo que nos contó anoche?

—¡Hum!

Aquella tarde, en uno de los cafés más concurridos de Madrid, se enteró la mitad de la parroquia de que en el número 75 de la calle de la Montera había una sociedad llamada «El Porvenir Internacional», que tenía un equipo de mecanógrafas que para sí lo quisieran los *clubs* de la primera liga.

A la noche lo sabía ya medio Madrid.

—¿No sabe usted, en la calle de la Montera...?

—Sí, hombre: «El Porvenir Internacional»

—Tiene doce mecanógrafas...

—¿Doce? Yo he oído que sesenta. Por cierto que creo que está haciendo unos negocios malísimos.

—¿Qué me cuenta usted?

—Lo que oye. No me extrañaría nada que se declarase en suspensión de pagos.

—Pues dicen que si las mecanógrafas...

—Habladurías.

Y al día siguiente no eran dos, eran dos mil las personas que estaban estacionadas ante la puerta de «El Porvenir Internacional», esperando que saliesen las muchachas; y éste número fué creciendo, creciendo... Parecía una manifestación.

El conserje fué, asustadísimo, a dar cuenta a Filiberto de aquel extraño acontecimiento, y Filiberto se alarmó más que el conserje.

Aquello estaba claro. Le habían descubierto el truco, y aquellos señores se presentaban en «El Porvenir Internacional» para exteriorizar su protesta.

Fuera seguían las conversaciones incongruentes...

—¿De manera que la más rubia de todas es la espía de los soviets?

—Sí. Ya la verá usted. Es una rusa con una cara muy ingenua. Pues bueno, es la jefe de la tcheca en el extranjero. ¡Algo muy serio!

—¿Y «El Porvenir Internacional»?

—¡Ah! ¿Pero no se lo han dicho? ¡Asombro-

so! No lo va usted a querer creer. ¡Asombroso!

En otro grupo se comentaba:

—Pues sí, es una logia masónica.

—¿Y qué hacen las mujeres?

—¡Oh! Esta es una logia mixta. Es algo extravagante; todas las masonas se han teñido el pelo de verde.

A la una eran tantos los desocupados que hubo que suspender la circulación. A la una y cinco se bajaron las persianas de «El Porvenir Internacional» y se atrancó la puerta. A la una y diez la Policía se vió obligada a dar la primera carga. Hubo carreras, sustos, desmayos, vivas y mueras.

En tanto Filiberto González se había encerrado en el cuarto moruno, como un general que tiene que abandonar una posición.

—Señoritas — les dijo — , los acontecimientos se precipitan de tal forma que «El Porvenir Internacional» tendrá que ser clausurado.

—¿Cómo?

Este cómo lo emitieron a la vez doce hociquitos pintados.

Entonces comenzaron las dudas de Filiberto, porque entonces fué cuando se dió verdaderamente cuenta de que se hallaba enamorado de las doce mecanógrafas, y, por tanto, no estaba dispuesto a renunciar a una sola de ellas.

Si cerraba «El Porvenir Internacional» (fuera había ya descargas, y, como la gente es así de absurda, para vengarse de que Filiberto tenía un



Así pasaron por varios callejones

personal agraciado en su oficina, dieron fuego a un tranvía en los Cuatro Caminos), una de dos: o tendría que licenciar a las chicas o alquilar un piso para cada una.

Lo de licenciarlas, ni soñar; lo de tenerlas separadas, era cosa que no le conmovía.

Pero Filiberto, en el transcurso de esta historia, ha dado pruebas bien elocuentes de tener ideas felices, y en aquella ocasión se le ocurrió una que le hizo insinuar:

—Si estuviéramos en Marruecos, no ocurriría ésto...

Y como las chicas no contestaran, agregó:

—Como que casi dan ganas de irse.

María Luisa manifestó que ella no tendría inconveniente en acompañarle.

Felicia Torete dijo que le daban mucho miedo los moros, pero que si todas se decidían a ir, ella no se quedaría atrás.

Pili preguntó si Alcazarquivir era puerto de mar, y como le contestasen que no, dijo que una vez de marcharse de Madrid, sería mucho mejor ir a un sitio donde hubiese playa, y de esta misma opinión fué todo el equipo mecanográfico.

En tanto, la gente, completamente amotinada, había dado fuego a diecisiete tranvías.

Cuando Filiberto y su encantador serrallo estuvieron completamente de acuerdo, tres mil individuos vociferaban en una calle del extrarradio, dando vivas a un ex diputado republicano.



Un día, en el puerto de Rabat, desembarcaron doce moras, cada una con una máquina de escribir debajo del brazo.

Les acompañaba un moro, y lo más raro era que los trece personajes, en lugar de hablar el árabe con acento de la Chaouia, iban hablando un español con acento de la calle del Mesón de Paredes.

Las moras y el moro se acomodaron en tres coches de alquiler—ellas sin soltar ni por una porfía las máquinas—y atravesando los grandes bulevares de los barrios europeos fueron a detenerse en la puerta de entrada del barrio musulmán.

Allí hubo que apearse, porque las calles eran demasiado estrechas, y no sólo no podían entrar en ellas los coches, sino que había que atravesarlas en fila.

Filiberto veía su sueño realizado definitivamente. Ya poseía un serrallo. Y además, como todos ellos se habían hecho musulmanes, sería un se-